

enloda á los mortales! ¡Qué amable se presenta María capitaneando á las Práxedes y Petronilas, á las Ineses y Emerencianas, á las Aguedas y Lucías, Eulalias, Casildas, Pulquerias, Teresas y mil y mil otras que brillan en el firmamento como lucientes estrellas en una noche serena! María fué la primera que, en un tiempo en que la virginidad era desconocida y la esterilidad un oprobio y una afrenta, si no un castigo del cielo, selló con voto irrevocable una promesa que, al parecer, la excluía de la gloria mayor que pudiera ambicionar ninguna mujer sobre la tierra: la gloria de ser algún día la madre del Mesías prometido.

Pero María fué también la primera que reunió en sí, en un grado de perfección de que los mismos ángeles no son capaces, dos virtudes tan sobre-humanas como la virginidad y la humildad. Y ¿qué extraño es que con ambas sea amable á los hombres, cuando por ellas fué tan amable á Dios que atrajo á su seno al mismo Verbo del Padre?



IV

María amable por su humildad.

SUBLIME es el cuadro que presenta en la Anunciación del ángel la casita de Nazaret, convertida en ameno paraíso por las fragantes flores de virtudes que allí brotan. Como en el antiguo Edén, entablóse aquí un famosísimo diálogo entre un ángel y la mujer, cuyas consecuencias fueron tan diversas como eran distintos los interlocutores, y distintos también los móviles que los impulsaban. Allí Eva y Satanás: aquí María y Gabriel. Eva, la mujer curiosa y antojadiza que al ver el fruto del árbol prohibido deja que se le vayan los ojos, cautivos de su belleza; tan vanidosa, que al fantasear que podía ser como Dios, conocedora del bien y del mal, cree sin más inquirir lo que le dice Satanás y atropella con los mandamientos del Criador, á quien prácticamente juzga

de engañador y envidioso.—Aquí el arcángel Gabriel y la Virgen, recogida, casta, prudente y, más que todo, humilde. Anúnciale Gabriel, de parte de Dios, la embajada más augusta y honorífica que se hizo y hará á ningún simple mortal; pero María, en vez de complacerse en sus alabanzas, se turba y tife de vergüenza sus mejillas; oye que se trata de sublimarla á la altísima dignidad de Madre de Dios, y no se arroja á aceptarla desde luego, ni da entrada en su pecho á la más leve complacencia, sino que, teniendo consagrada á Dios su virginidad, y estando resuelta á permanecer fiel y constante á su promesa, sin ánimo de aceptar dispensa ni relajación de su voto, pregunta con gran prudencia al ángel, no si es posible el misterio de un Dios hecho hombre, sino si ha de verificarse sin detrimento de su virginal pureza, porque antes de perderla está inquebrantablemente determinada á no ser Madre de Dios. Resolución sublime que sólo Dios, autor de toda pureza, puede dignamente apreciar. Satisface el ángel sus dudas;

asegúrala de su inviolable integridad y aguarda con ansia su respuesta. Aguardábanla también las tres divinas personas. Este es el instante más solemne que ha existido en el círculo de los tiempos. Cielo y tierra están suspensos de los labios de María. Pendiente de su palabra el que tengan pronto cumplimiento las profecías, que las nubes envíen su rocío y brote de la tierra el Justo. ¿Quién no creyera que en esta situación, satisfechos ya todos sus recelos, había de abandonarse María á transportes de entusiasmo y salir, como fuera de sí, entonando cánticos de alegría y gratitud? ¿Qué hubiera dicho Eva, qué no habría hecho en caso semejante, oyéndose llamar Madre de Dios? Pero María se limitó á decir: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí, según tu palabra* (1). ¡Oh, qué amable se representa María en este cuadro! En el mismo momento en que se le confiere la dignidad más augusta, se reconoce ella humilde esclava del Señor, y al dar el consen-

(1) Luc., 1.

timiento que para aquella sublime dignidad se le exige, no se olvida de poner por condición que, si la acepta, ha de ser permaneciendo virgen, según la palabra del ángel. Razón tenía San Bernardo al afirmar que María agradó á Dios con su pureza, pero que le concibió con su humildad (1); porque es indecible lo que con este su modo de proceder complació á las tres divinas personas y el cúmulo de gracias y méritos que alcanzó. Esto supera toda humana comprensión.

Detiéndense aquí los autores ponderando el efecto de las palabras de María, principalmente su portentoso *fiat, hágase*; y lo comparan con el *fiat* de Dios en la creación del universo. El *fiat* de Dios, dicen, sólo dió el sér á las criaturas: el de María da el sér humano al mismo Dios: el de éste sacó los mundos del seno de la nada; el de María al Hijo de Dios del seno del Padre; el de Dios nada añadió á sus grandezas y perfecciones; el de María produ-

(1) *Virginitate placuit, humilitate concepit.*
Hom., 1 in *Missus est.*

ce en ella efectos maravillosos, puesto que la hace Madre de su Criador y la enriquece con las prerrogativas propias de tan excelsa dignidad: el de Dios le dió imperio sobre criaturas caducas; el de María se lo da sobre el mismo Dios, hecho Hijo y súbdito suyo. De suerte que si nada se hizo sin la palabra de Dios, nada se restaura sin la palabra de María. ¡Estupendos efectos de la humildad de la Virgen!

Esta misma humildad la impulsó á visitar á su prima Santa Isabel. Joven y delicada, amante como ninguna del retiro, apenas sabe María por el ángel el estado de su prima, sale presurosa en dirección á la montaña para tributar á Isabel homenajes de respeto y cariño, y hacer con ella oficios de la más tierna y acendrada caridad. No repara en que no ha recibido ni de Isabel ni de Zacarias el menor aviso, ni en que delante de Dios su dignidad es infinitamente mayor que la de la madre del Bautista, ni en que la distancia que ha de recorrer es mucha y trabajosa, y en que, en fin, no faltan á la acomodada familia del sacerdote

de Aarón numerosos y fieles servidores. En nada de esto repara, y, sin vacilar ni detenerse, emprende una visita que, como es pura y santa en sus móviles y principios, ha de ser también santa y fecunda en sus resultados. ¿Y dudaremos en afirmar que María es soberanamente amable?

Pero más resalta aún la amable humildad de María después de su vuelta á Nazaret. ¿Quién ignora las perplejidades del glorioso patriarca San José respecto de su esposa inmaculada? ¡Qué olas de angustia cercaban el corazón de aquel hombre justo! Indeciso, turbado, presa de congojas indecibles, va á tomar la resolución extrema de ausentarse de su casa secretamente, dejando á María sola y destituida de todo humano auxilio. ¡Ah! ¡los motivos son tan graves! ¡la necesidad tan imperiosa!... Y María conoce por su parte la turbación de José, y ve la causa de donde procede, y sabe que con una palabra podría calmar aquellas olas, serenar aquella frente, afianzar el ánimo de su esposo y obligarle á que no la abandonase. Pero la hu-

mildad le aconseja que no diga esa palabra, que fie de Dios el éxito de su causa. Y María calla, y se abandona totalmente en manos de la divina Providencia, devorando en silencio la amargura de sus penas. Y entre tanto redobra su fervor, prodiga sus obsequios al glorioso Patriarca, sirvele con más esmero, está más atenta y solícita, disimulando el cruel martirio que pasa en su corazón.





V

Mater amabilis.

INTERMINABLES nos haríamos si hubiéramos de seguir paso á paso las distintas épocas de la vida de María, en las cuales campea su celeste amabilidad. Bien que cuanto pudiéramos decir se cifra y compendia en aquel hermoso título que le da la Iglesia: *Mater amabilis*. Porque en efecto, ¿hay cosa más amable que una Madre-Virgen? ¿Quién no ha sentido enternecerse su alma al contemplar á nuestra Señora en Belén, en Egipto ó en Nazaret? ¿Quién no ha mirado ábsorto más de una vez á esta Virgen inmaculada, candor de la luz eterna y espejo sin mancilla, ora adorando al divino Infante, ó en ademán de inclinar blandamente su cabeza sobre el tiernecito pecho de Jesús, ora levantándole en brazos, ó imprimiendo en sus ojitos dulces ósculos, ó meciéndole

suavemente en sus rodillas, adormeciéndole con blandos arrullos ó lactándole á sus virginales pechos? ¿Quién no la ha acompañado con su imaginación por los desiertos de Egipto, huyendo de la crueldad de Herodes con el santísimo José, para salvar la vida de Jesús, á quien servían sus maternales brazos de litera, y á quien apretaba contra su pecho, queriéndolo meter dentro de su corazón al asomar cualquier peligro ó al agitar el viento en las nocturnas horas las ramas de los árboles? ¿A quién no ha parecido amable María cuando la ha considerado tejiendo la túnica inconsútil de su Hijo, ó probándole sus elegantes y limpiísimos vestiditos, ó cuando rompió á hablar Jesús y por primera vez la llamó con balbuciente lengua por su nombre, y la apellidó *madre* suya?

Pero no pasemos tan de corrida que no nos detengamos á considerar la amabilidad de esta divina Señora en su casita de Nazaret, ya que allí se nos presenta como perfecto modelo de todos los estados. Veámosla mientras Jesús ayuda á San José en las tareas

de su oficio, empleada Ella en los quehaceres domésticos, semejante á la mujer fuerte que describe Salomón. La hija descendiente de David no tiene á menos tomar en sus finas manos la escoba, y limpiar con tanto aseo la casa, que la deja hecha una taza de oro. A las primeras horas de la mañana ó á la caída de la tarde, veámosla, esbelta cuanto modesta, dirigirse á la fuente, y volver, como las hijas del pueblo, con su ánfora ó cántaro lleno de agua en la cabeza. Sin perder nunca el recogimiento interior, aparece siempre jovial, risueña, henchida el alma en celeste paz, que se refleja en el manso lago de su frente ó en el cielo de sus hermosas pupilas. En los ratos que le dejan libres sus ejercicios de oración y lecturas santas, voltea con gracia el huso y maneja con sus ágiles dedos la aguja, haciendo labores primorosas, con que ayude á José ó socorra á los necesitados. Nada melindrosa ó esquiva, ora esté en silencio, ora consuele y alivie á los pobres que acuden á su puerta, siempre se la encuentra afable, contenta con su suerte,

amante de sus ocupaciones, solicita en prevenir y adivinar los menores deseos de las dos dulces prendas de su alma; y es cosa que arrebatara ver el gusto con que adereza la frugal comida que ha de sustentar á José y nutrir el cuerpo santísimo de Jesús, que más tarde, cuando llegue la hora, ha de sacrificarse en la cruz para la redención del mundo! (1).

Cosas son estas en las cuales á todas luces se revela cuán amable es María. Esto era lo primero que nos propusimos demostrar. Veamos ya en la segunda parte cuán amante es.

(1) San Buenaventura (*Contemplación de la vida de nuestro Señor Jesucristo*, cap. xv) dice que "Nuestra Señora trabajaba con la rueca, con la aguja y en el arte de tejer. Hacía también los otros servicios de casa, que son muchos: guisaba de comer para el Esposo y para el Hijo, y hacía las cosas que eran menester, porque no tenía quien la sirviese. Ten compasión de Ella, que necesita trabajar con sus manos, y compadécete asimismo de nuestro Señor Jesús, porque le ayudaba fielmente y trabajaba en las cosas que podía."